

“Pierre Menard, autor del Quijote”
Por Jorge Luis Borges

El método inicial que imaginó era relativamente sencillo. Conocer bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre los años de 1602 y de 1918, ser Miguel de Cervantes. Pierre Menard estudió ese procedimiento (sé que logró un manejo bastante fiel del español del siglo diecisiete) pero lo descartó por fácil. ¡Más bien por imposible! dirá el lector. De acuerdo, pero la empresa era de antemano imposible y de todos los medios imposibles para llevarla a término, éste era el menos interesante. Ser en el siglo veinte un novelista popular del siglo diecisiete le pareció una disminución. Ser, de alguna manera, Cervantes y llegar al Quijote le pareció menos arduo -por— consiguiente, menos interesante— que seguir siendo Pierre Menard y llegar al Quijote, a través de las experiencias de Pierre Menard. (Esa convicción, dicho sea de paso, le hizo excluir el prólogo autobiográfico de la segunda parte del Don Quijote. Incluir ese prólogo hubiera sido crear otro personaje —Cervantes— pero también hubiera significado presentar el Quijote en función de ese personaje y no de Menard. Éste, naturalmente, se negó a esa facilidad.) “Mi empresa no es difícil, esencialmente” leo en otro lugar de la carta. “Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo.” ¿Confesaré que suelo imaginar que la terminó y que leo el Quijote —todo el Quijote— como si lo hubiera pensado Menard? Noches pasadas, al hojear el capítulo xxvi —no ensayado nunca por él— reconocí el estilo de nuestro amigo y como su voz en esta frase excepcional: *las ninfas de los ríos, la dolorosa y húmida Eco*.

Magda Díaz y Morales in *Artículos literarios* (Apostillas literarias)

La apócrifa bibliografía de Pierre Menard es así una burla de los ensayos de Unamuno, porque no faltan opúsculos de neologismos extravagantes, “obstinados análisis” sobre costumbres sintácticas, paradójicas sentencias acerca de la finalidad de la crítica, “un artículo técnico sobre la posibilidad de enriquecer el ajedrez eliminando uno de los peones de la torre” y una serie de sonetos cuya valoración recuerda las reseñas de Borges al Rosario de sonetos líricos de Unamuno.

Por otro lado, en 1937 Borges opinó así en la revista *El Hogar*: “Otros consideran que la obra máxima [de Unamuno] es su *Vida de Don Quijote y Sancho*. Decididamente no puedo compartir ese parecido. Prefiero la ironía, las reservas y la uniformidad de Cervantes a las incontinencias patéticas de Unamuno. Nada gana el Quijote con que lo refieran de nuevo”. ¿Y qué hizo Pierre Menard si no referir de nuevo el Quijote? Borges nos hace reír porque su Pierre Menard se obsesionaba en broma con todo aquello que a Unamuno le obsesionaba en serio. Invito a los lectores a revisar *Lectura e interpretación del Quijote* —un ensayo donde Unamuno presumía de que su *Vida de Don Quijote y Sancho* era mejor que la obra de Cervantes— para saborear mejor la ironía de Borges: “El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico”.